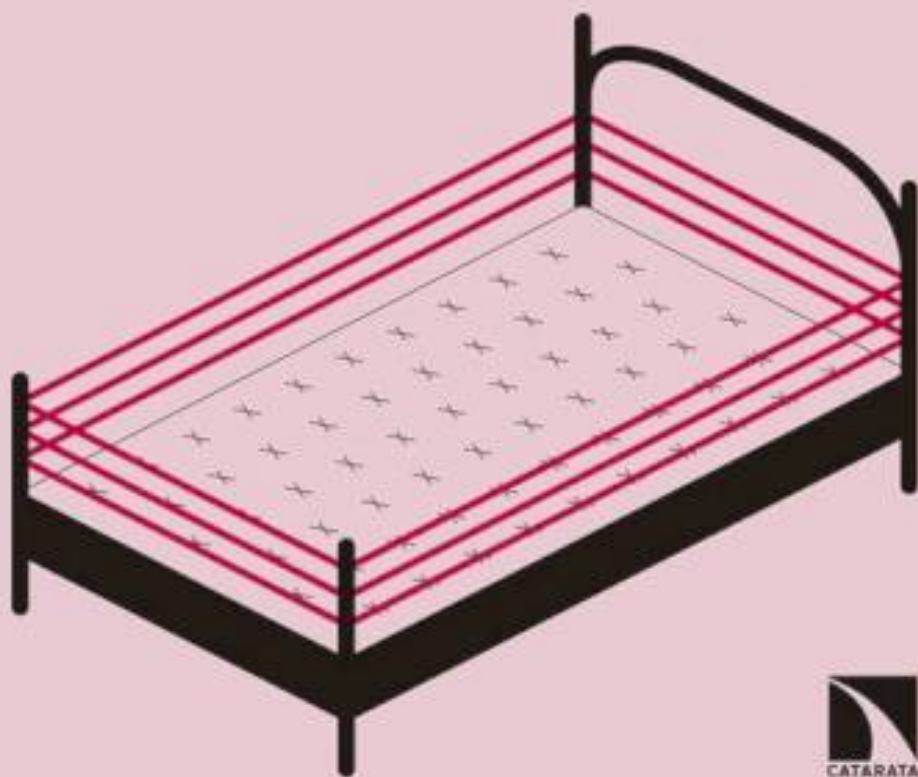


Martha Zein  
Analía Iglesias

# TE PUEDO

La fantasía  
del poder  
en la cama



## MARTHA ZEIN

Es narradora. Sus métodos proceden de la literatura, el audiovisual, la arteterapia, la educación para la paz, la pedagogía sistémica y happenings inspirados en la naturaleza. Ha publicado ocho ensayos relacionados con la geoestrategia y la ética en Oriente Próximo. En el terreno audiovisual se especializó en documentales de investigación sobre la violencia de Estado (que obtuvieron cinco premios internacionales) y desarrolló su propia línea de producción y creación basada en la green production y el cuidado, bajo el sello Producciones Orgánicas. Experta en estrategias narrativas literarias y audiovisuales, utiliza este conocimiento para desactivar los relatos tóxicos que proceden del poder institucional, de nuestra cultura o de nuestros monólogos. En esta línea se inscriben las experiencias narrativas que realiza en torno al imaginario erótico. Como narrative coach, acompaña a quienes quieren contar historias y creen que no saben hacerlo. Ha guiado con sus juegos a empresarios/as, profesionales, artistas, personas con limitaciones físicas, sensoriales, psíquicas, económicas o sociales, enseñándoles a narrar con delicadeza. Combina esta actividad con acciones poéticas y su vida como navegante. Vive en un velero cuatro meses al año y sabe del poder que adquiere un viaje cuando se convierte en relato. Es coautora del libro *Lo que esconde el agujero* (Los Libros de la Catarata, 2018).

## ANALÍA IGLESIAS

Es escritora y periodista. Coordinó durante cinco años el blog *Eros de El País*, un espacio coral de referencia que sirvió para pensar la sexualidad de un modo lúdico y divulgativo. Como ensayista, se acerca a la afectividad de la época con la necesidad de indagar en las pulsiones sexuales y en la función que cumplen en la actual sociedad de consumo. Conociendo las razones antropológicas, se ha impuesto la tarea de rastrear los rasgos económico-culturales que impregnan el erotismo y las relaciones en este particular momento de la humanidad. Como periodista, valora la libertad de la crónica cultural, pero también trabaja en la difusión de temas ambientales y de ciencia. Tiene más de dos décadas de oficio en prensa. También ha sido docente universitaria, programadora de cine y miembro del jurado en festivales en Europa y en África. Ha publicado un libro de poesía. Actualmente escribe para *El País*. También colabora con *El asombrario* (diario Público), *CTXT* y otros medios españoles y de América Latina, con artículos sobre arte, derechos humanos, género e igualdad. Es coautora del libro *Lo que esconde el agujero* (Los Libros de la Catarata, 2018). @analíagles

**Martha Zein y Analía Iglesias**

**Te puedo**

**LA FANTASÍA DEL PODER EN LA CAMA**

DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© MARTHA ZEIN Y ANALÍA IGLESIAS, 2019

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2019

FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 20 77

[WWW.CATARATA.ORG](http://WWW.CATARATA.ORG)

TE PUEDO.

LA FANTASÍA DEL PODER EN LA CAMA

ISBN-E: 978-84-9097-673-9

ISBN: 978-84-9097-687-6

DEPÓSITO LEGAL: M-17.213-2019

IBIC: JHBKS/JFMP/JFSJ

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

## PRÓLOGO

### ¿ASISTIMOS AL FIN DE LA SEDUCCIÓN?

Tantos siglos hablando del amor y del deseo para pasar *de puntillas* por algo que todo el mundo sabe que existe aunque no le ponga nombre: la correlación de poder entre los amantes. Tras apenas tres encuentros sexuales con la misma persona, ya presentimos que hay poder en juego. Si el deseo desencadenado se pone a prueba en el primer encuentro erótico, en el segundo es la presencia la que toma la voz cantante: el objeto de deseo ya es un otro, con un olor propio, una respiración propia y una acción singular. Hacia la tercera vez en la cama, se da un nuevo giro: hay un encuentro que gestionar y los juegos del poder se ponen en marcha.

Los buenos amantes saben jugar sus cartas en el terreno erótico. Quizá intuitivamente, a través de actos e impulsos, luces y sombras, fracturas y hallazgos, elaboran unos códigos de relación para las veces en que pierden, en que ganan, en que sienten que logran el consenso o en que negocian, para cuando juegan a mandar o a obedecer, bien si se imponen o imploran, pero siempre alcanzan ese extraño equilibrio que les permite repetir los encuentros, consumir

el vínculo.

Algunas relaciones de larga duración han conseguido una buena gestión del poder afectivo que incluye como herramientas la seducción, el cuidado, el deseo, el amor, la empatía, el respeto, la alternancia en la toma de decisiones, los acuerdos y el tratamiento del disenso. Lo que quizás cada uno de los miembros no vea posible en el terreno público, logra hacerlo realidad en el privado. Por eso, incluso en medio de guerras o bajo tiranías, existen amantes saludables.

Así han sido las cosas en nuestra civilización, pero algo ha cambiado. Hoy vivimos en la sociedad global de la sobreinformación y el riesgo: el miedo es un objeto de consumo, nuestro desamparo es una emoción promocionada y difundida por la industria del riesgo, y el Estado es el administrador, gestor y —solo fugazmente— supervisor de este fabuloso negocio del monopolio tecnológico.

En el terreno amoroso, presentimos el fin de la seducción. ¿Por qué? En tanto el deseo implica riesgo, la seducción queda necesariamente abolida cuando se intenta eliminar toda noción de riesgo; es decir, cuando lo que prima es la seguridad y el control de imprevistos, se ha mojado ya la mecha del primer *polvo*. Apagado el deseo, solo queda gestionar los aspectos burocráticos del encuentro.

Una existencia sin riesgos exige una profilaxis en las relaciones que deja al descubierto un problema aún mayor para el amor: la erradicación de la presencia. El universo virtual promueve vínculos sin cuerpo, sin muertos, sin contagio de enfermedades, sin pérdidas, sin un "otro" que interrumpa un recorrido asegurado para el sujeto contemporáneo.

neo. Es decir, se elimina también la razón para el segundo encuentro.

Sin deseo, ni seducción, ni presencia, en definitiva, sin proceso, los amantes de hoy encienden el motor del tercer embate erótico: aquel que en el terreno político denominamos “contrato social”, por lo tanto, pleno de protocolos, derechos, deberes y negociaciones. Cuando lo privado necesita garantías, homologaciones y avales, hemos institucionalizado lo íntimo.

Sin deseo, ni empatía, ni un “otro”, el poder de los amantes se convierte en la reproducción de un modelo que reconocemos del terreno público: un poder desafectado, descuidado e impuesto desde la sociedad de *prosumidores* (productores y consumidores a la vez).

En este trasvase pierden los amantes y ganan los gestores del riesgo, porque expulsan la discusión sobre el poder (que podría cuestionarles) del debate profundo y lo relegan a una mera rivalidad de género. De ahí las últimas controversias sobre prácticas e identidades, producción y reproducción, o contradicciones fundamentales o secundarias, que mencionan el poder feminista únicamente frente al sexo masculino, dejando de lado la disidencia ante el poder acosador del pornoliberalismo.

Este libro ofrece dos miradas, con textos firmados por una u otra autora, en los que jugamos a deshilar el dilema del poder en la cama. Pretendemos abrir la trama para ver los hilos, las intersecciones, los nudos y los huecos de las relaciones erótico-sentimentales. Y como toda relación es un devenir del que no se sabe cómo comienza (ni cuándo exactamente se traba el primer nudo), hemos elegido

discernir sobre los elementos de la trama en el orden aleatorio marcado por palabras alfabéticamente ordenadas. Las tomamos para problematizarlas en su contexto social, para deconstruirlas en sus posibles evocaciones del amor y del poder, y ponerlas a medirse con lo lúdico de vivir.

Nos dirigimos a lectores de cualquier identidad de género, práctica sexual y opción relacional. Creemos que lo binario masculino-femenino constituye una referencia histórica y cultural para todas las identidades en transición. Porque para desenmascarar la trampa de lo binario hay que detenerse en la diferencia entre sexos, que justamente se encuentra en la base de las representaciones y los conflictos de todos los géneros fluidos (hoy también convertidos en mercancía de la estantería de la diversidad). Este libro, pues, no cuestiona las relaciones heterosexuales, sino que observa la pluralidad marcada por cultura y cuerpo (biopoder) para comprender cómo hemos llegado hasta aquí.

Creemos que es hora de devolver el poder de preservar la vida a su sitio, hacia una dimensión más potenciadora (¿amorosa?), que revalorice el acercamiento humano.



**PRIMERA PARTE**  
**EL AMOR EN DISPUTA**

## CAPÍTULO 1 DESAJUSTE DE GÉNEROS

A. I.

Ahí estaba el mar, la más ininteligible de las existencias no humanas. Y allí estaba la mujer, de pie, el más ininteligible de los seres vivos [...]. Solo podría haber un encuentro de sus misterios si uno se entregara al otro: la entrega de dos mundos desconocidos hecha con la confianza con la que se entregarían dos comprensiones.

CLARICE LISPECTOR, *Aprendizaje o el libro de los placeres*

Y si te quiero abierto / como el centro imposible de un mundo transparente, / si te quiero imposible, más allá de mis brazos / o la aurora que extiende un sueño en las tinieblas, / más abierto que el viento, más leve y más amante, / será porque mañana nos quisiera infinitos, / unidos como nieve a punto de ser agua. / Y es por eso que dejo resonar la memoria, / todas esas palabras de hilo que se enredan / en tu boca o la mía.

CHANTAL MAILLARD, *Semillas para un cuerpo*

Si comenzáramos por sentir, en lugar de razonar, buscaríamos dos comprensiones, mil comprensiones, en lugar de dos sexos. “No se comenzó por razonar, sino por sentir”: esto lo dijo un hombre —nada menos que Jean-Jacques Rousseau, caballero ilustrado— promotor de la razón a ultranza, esa que aparentemente se transmite a través del ser humano nacido varón en el transcurso de una pequeña por-

ción de historia. Pequeña porción, decimos, porque estos aproximadamente veinticinco siglos a los que habitualmente nos ceñimos para encontrar nuestras herencias civilizatorias son bastante poco en comparación con los trescientos mil años del *Homo sapiens*, o con los más de un millón de años de los homínidos, en general.

Relativizar, eso es lo que pretende este párrafo introductorio, algo que muchos antropólogos —sobre todo antropólogas— nos han permitido hacer gracias a sus estudios sobre lo que fuimos antes de establecernos (sedentarizarnos) y comenzar a arar, casarnos, obedecer y acumular. Es decir, a ser tan desiguales.

Es necesario ver en perspectiva este momento histórico en el que identidades de género y asignación de cuerpos aparentemente se licúan, como antes lo hicieron la orientación sexual o las maneras del placer. En general, somos un pedacito de algo y mucho de otro algo: predominantemente heterosexuales o predominantemente homosexuales. Y, sin embargo, mayoritariamente hombres o mujeres, como rol de género, en una contraposición binaria que tiene muchísimo de cultural pero que no puede soslayar nuestra animalidad (como parte de otra serie de discusiones interminables sobre distribución hormonal, incluso durante la etapa de gestación de cada individuo).

Lo cierto es que no hay una asignación unívoca de un cuerpo a cada género, pero la gestión del poder de la dualidad macho/hembra sobrevive, más allá de las múltiples combinaciones que pueden darse entre cualquier término transgénero y las distintas orientaciones sexuales. Queremos decir que, desde aquellos homínidos nómadas que fui-

mos hasta estos sedentarios (acumuladores de capital) que somos, parece haber un hilo indestructible que sostiene la dualidad masculino-femenina, incluso en territorios de identidades licuadas por diversas intersecciones. Guerra de sexos, suelen llamarlo.

## CUMPLIR EL DESEO DEL MONSTRUO

*Guerra* es una palabra grave y a la vez muy gráfica. Podemos y debemos matizarla, claro, pero sin perder de vista que asistimos a un momento-bisagra de la conflagración por el posible nuevo reparto de roles. Es un hecho que nos hemos desincronizado, porque incluso los hombres que admiten la desigualdad histórica están perplejos, en *shock* (algunos con la sensación de estar acorralados) por el explosivo auge de las acusaciones de los feminismos en todas las geografías. Y aquí es donde algunas teóricas experimentadas en la lucha por la emancipación nos avisan de que las mujeres tenemos que tener mucho cuidado de no alimentar exclusivamente la imagen de víctimas del “monstruo” que lloriquean frente a cámara, porque nos presenta como seres desvalidos que buscan que alguien los salve. En esta fábula de la princesa que llora aparece otro monstruo autocumplido, como la profecía.

Es la antropóloga Rita Segato quien insiste allá donde puede que el hombre criado en esta sociedad machista necesita, justamente, reafirmar su potencia de “monstruo”, porque en eso consiste el mandato de la masculinidad. El fuego de estos monstruos autocumplidos es el que, en mu-

chas ocasiones, nosotras mismas atizamos desde las trincheras virtuales.

Extrapolando este vínculo de la inválida y la bestia al territorio político actual, el monstruo blanco no puede parecer afeminado e inerte frente a la amenaza de los “invasores extranjeros”, toda vez que el héroe de nuestra cultura grecolatina (y cristiana) es un destructor, como el dios castigador del Antiguo Testamento. A esta napa cultural se le añade la del impiadoso capitalismo que, con su carga de desigualdad, injusticia y precariedad, vuelve impotente al hombre en el terreno económico. Así, incapaz de cumplir con su rol de proveedor y sostén familiar, el “monstruo” viril recurre a la última bala de la recámara: la violencia física (ya sea en forma de agresión sexual, descuartizamiento o rifle semiautomático). También es Segato —que ha trabajado con violadores en cárceles de Brasil— quien nos pone sobre la pista de la indagación necesaria.

## CORRER EL RIESGO

Nosotras ya hemos corrido todos los riesgos, inclusive el de autoexplorarnos y cuestionarnos públicamente acerca de cómo y de quién queremos emanciparnos. Ellos todavía no saben si quieren asomarse a ese abismo interior.

Sigamos el hilo histórico: de aproximadamente la tercera década del siglo XIX data el del primer movimiento feminista en Francia y, en cambio, según la filósofa feminista Geneviève Fraisse, el adjetivo “feminista” no aparecería hasta más tarde, en 1872, en un texto del periodista Alejan-

dro Dumas (hijo), dentro de un panfleto llamado *Hombre-mujer* en el que se debatía sobre costumbres, adulterio y la prohibición del divorcio.

No resulta nada curioso que el adjetivo que engloba las reivindicaciones de las mujeres haya sido inventado para una diatriba antifeminista. Esto responde al perenne miedo de los hombres a la confusión entre los sexos, a la posibilidad de que alguien sugiriera que las funciones y prerrogativas de cada sexo podían invertirse o permanecer indeterminadas.

Los fundadores y guardianes de las ideas ilustradas, desde la Revolución francesa en adelante, hicieron malabares teóricos para excluir a la mujer de cualquier asunto de dominio público (incluido el sufragio). Evitaron, a toda costa, reconocer que era posible que una mujer estuviera desprovista de vocación para el matrimonio y lo doméstico, porque aquello hubiera significado una rivalidad directa en la arena civil (profesional y económica) y política, a la vez que una desatención del hogar, que es la retaguardia que le permite al guerrero salir bien comido y con la ropa planchada y, al mismo tiempo, reproducirse. Dice Fraisse en su *Musa de la razón*: "Ya Jean-Jacques Rousseau había resuelto globalmente el asunto al afirmar que las mujeres no poseen la ciencia de los fines sino solo la de los medios, en resumen, que su razón es enteramente práctica, nunca teórica, y que está al servicio de una finalidad que ella no preside". Esto es, las mujeres tienen razón, pero esa razón es diferente (o heterónoma).

A estas alturas de la historia, cuando las mujeres han conseguido el derecho al voto o a no casarse y a poder

salir de su casa para trabajar, poco importa si la razón es sexual o no lo es. Otras cuestiones entraron en juego, a partir, justamente, del terreno conquistado sin permiso. A saber, las mujeres de la segunda y la tercera ola feminista ya pueden salir a trabajar en (más o menos) igualdad de condiciones con el hombre, por lo que han adquirido otros “derechos”, tales como la alienación y la explotación laboral. Además de estos riesgos colaterales que señalaron teóricas como Simone de Beauvoir o Marguerite Yourcenar, se agregaron, a partir de los años sesenta, los pretendidos beneficios de la revolución sexual, por la que se autorizó el deseo femenino y se expandió la libertad de tener sexo sin compromiso —gracias a la accesibilidad de los métodos contraceptivos— pero con el molde de la sexualidad masculina, que fue el que volvió a imponerse como medida.

Ironías aparte, desde la tercera ola feminista hubo consenso acerca de la herencia cultural patriarcal que ha pesado sobre la mujer y su papel, más allá de cualquier rasgo fisiológico u hormonal distintivo. Sin embargo, la libertad seguía siendo administrada —y adjetivada— en función de la conveniencia masculina dominante. Hasta ahora, hasta la *cuarta mujer*, el desajuste de géneros ha seguido fundándose en las bases establecidas por los hombres.

Gilles Lipovetsky enumeraba, en *La tercera mujer*, todo lo que ellas habían ido dejando por el camino durante el siglo XX, en su afán por demostrarse funcionales (y convenientes) para el mercado laboral, a la vez que admirables objetos para ser contemplados, accediendo a borrar sus marcas de maternidad, adelgazando para no dejar rastros